

Enriqueta Trujillo Gallardo

Autora: Pura Sánchez Sánchez ¹

Esta es la historia minúscula, personal y genuina de una vida, como tantas otras, sí, pero especialmente iluminada por la luz de la inocencia. Con sus claroscuros, sus grandezas, sus miserias, su dolor, su intimidad. Una vida contada a una hija con la intención de que otros ojos y otros oídos, los míos, la conocieran. Espero que este relato contribuya modestamente a evidenciar que la historia no ocurre fuera de cada uno de nosotros, sino que traspasa nuestra biografía y, de alguna manera, muestra la complejidad de esa historia, arrojando luz sobre ciertos rincones oscuros u oscurecidos. ²

A la liberación por la esclavitud

La angustia y la incertidumbre durante esos tres días provocó que en la madrugada del día seis de octubre de 1936, el día en que se llevaron a su hijo con destino al cementerio ante el pelotón de fusilamiento, Francisca se quedó dormida sin poder oír los gritos desgarrados que durante todo el camino de su “calvario”, Sebastián iba dando ante la certidumbre de su muerte.



Cuando llamaron a Enriqueta a la oficina de la cárcel para comunicarle que quedaba en libertad, al principio no supo qué pensar. Después sintió que, con la salida de la cárcel, perdería el afecto de sus compañeras y el amor de Miguel. Salió de prisión el día de la Inmaculada Concepción. En el febrero próximo cumpliría veinte años; había estado presa desde los quince. No sabía dónde ir, no tenía dinero, era menor de edad y no podía quedarse sola. Era la candidata perfecta para ingresar, al menos hasta la mayoría de edad, en el convento de las Adoratrices Esclavas del Santísimo Sacramento y de la Caridad.

Le dejó a Antonia la de la Eustaquia las mantas y el colchón, se despidió llorosa de sus compañeras de encierro y escuchó sus palabras de consuelo. “En el convento te van a enseñar a bordar”. “Allí seguro que vas a estar mejor que aquí, que ni sabemos cuánto tiempo estaremos presas”. “Las monjas te van a enseñar a ser una mujer”. Enriqueta se llevó puesto lo poco que tenía: el vestido de luto y los zapatos, y procuró, sin conseguirlo, despedirse de Miguel. Confió en que sus compañeras le contaran. Todavía hoy lamenta que no le diera la medalla que le prometió. “Así llevarás siempre contigo algo mío”.

¹ Pura Sánchez recoge en *La luz de la inocencia* (Bellaterra, 2019) el testimonio de una mujer anónima de 95 años que vive en Granada.

² Publicado en Lamarea: <https://www.lamarea.com/2019/03/22/la-vida-de-enriqueta-trujillo/>

El primer encuentro en el convento de las Adoratrices fue con la madre superiora, una mujer de gesto serio, que a Enriqueta le pareció lo más opuesto a una madre, a pesar de que así debía llamarla. La superiora le comunicó que debía cambiarse el nombre. “Aquí nadie tiene su nombre real. Tú te llamarás Anunciación de ahora en adelante”. Le enseñaron el dormitorio común y le dieron el uniforme que debía vestir. Para completar su recién adquirida identidad, le cortaron el pelo, con un corte descuidado y radical, con el largo justo para recogerlo en dos coletas, a los lados, lo que subrayaba su aspecto y condición de indistinta, porque todas adquirirían así el mismo aire de pobres niñas abandonadas. La tristeza, todas ellas la traían ya tatuada en el rostro. Así fue como pasó de un encierro a otro, desposeída de su nombre y sin una historia que le estuviera permitido recordar. Solo en sueños, Anunciación volvía a ser Enriqueta, cuando transitaba por pesadillas de persecuciones y apresamientos y despertaba a las compañeras en medio de la noche. “Que me cogen, que me cogen...” gritaba, sin ser consciente del tiempo que hacía que la habían apresado.

La vida en el convento estaba sometida a una rutina de horarios y tareas, una disciplina de los cuerpos con la que se perseguía el control de los pensamientos y las palabras. Levantaban a las muchachas a las seis de la mañana y las llevaban al oratorio, donde permanecían rezando una media hora. En ese tiempo, era frecuente que algunas niñas se marearan y se cayeran redondas al suelo; pero nadie podía auxiliarlas, advertidas, como estaban, de que no debían tocarse, ni rozarse siquiera. Ni entre ellas ni, mucho menos, tocar a las monjas. De este modo, cada una de las internas andaba metida como en una burbuja, en la que era indistinguible y en la que permanecía aislada del resto. Una soledad en compañía que hacía todavía más insufrible el encierro.

Cuando terminaban los rezos, eran conducidas, en fila india, al comedor, para recibir el pobre desayuno de cada día, una tacilla de café de achicoria con leche. En el trayecto, debían observar cuidadosamente otra regla: en un mundo sin espejos, no les estaba permitido mirarse en los cristales de las ventanas, ni siquiera de forma casual, cuando pasaban por delante. “Si lo hacéis, seréis castigadas por vanidosas”. Al parecer, no solo debían olvidarse de sus nombres; también, de sus caras. Después, debían entregarse a las tareas asignadas: hacer las camas, ayudar a la comida, fregar los suelos de dormitorios y galerías, lavar la ropa y, cuando terminaban, debían ir al taller de costura, donde cada una tenía su puesto y su bastidor para bordar. Primero las fueron instruyendo en la realización de trabajos sencillos, que se iban complicando a medida que aumentaba su destreza. Así iban bordando juegos de sábanas y mantelerías, ajuares de mujeres ricas, mientras soñaban con la vida que no tendrían. Pero, otra regla, no había que recrearse en el trabajo bien hecho.

Cuando la monja vigilante advertía que una chica, satisfecha, alejaba de su cara el bordado que acababa de terminar, para admirarlo mejor, entonces ella se acercaba, provista de unas tijeras, y lo deshacía sin piedad, sin importar la dificultad o los días que le hubiera llevado terminar la labor. “La vanidad os pierde. Y no aprendéis”.